

nota que hay un lector no sólo inteligente, sino entusiasmado y agradecido.

Otros ensayos asombran, como aquél, colmado de erudición literaria, del experto en ediciones de *Cien años de soledad*, Carlos Rincón Bolívar, que lo deja a uno entre la admiración y el rechazo. Rincón nos enrostra una lista de libros de los años noventa, lo más granado de la literatura actual, que son —quien sabe si por fortuna— como una violación de nuestra docta ignorancia.

La tercera parte, "Variaciones", aunque contiene algunos análisis penetrantes, como el de Volkening, parece algo más pobre que las dos anteriores. Se trata de un recuento de reseñas de algunos de los libros de Gabo. En general se dejan leer, salvo alguna que da grima, como la de Régis Debray, el amigo del Che Guevara y de Fidel Castro que vino a hacer la revolución en Suramérica en los años sesenta y no tuvo la decencia de suicidarse ni cuando mataron a su héroe ni cuando se derrumbó el comunismo, sino que ahora funge burguesa y desalentadoramente como zar de la cultura en Francia, al lado de figuras tan dudosas como Arrabal o Bianchiotti, dos hispanos que destilan antihispanismo por el hecho de que allá fueron aceptados. A Bianchiotti, el más argentino de los franceses, de quien hay otro artículo en esta recopilación, le escuché decir alguna vez que la palabra *solitude* era mucho más rica, profunda, y gozaba de mejores matices que la palabra *soledad* (?).

Otro que, más que pobre, nos parece lejano en todos los aspectos, es el de Salman Rushdie, a quien no sólo hay que apoyar con todas nuestras fuerzas en contra de la inicua sentencia que lo persigue a sol y a sombra, en nombre de la libertad, ya que no en el de la literatura, pues a la odiosa sentencia del ayatola, a quien Alá tuvo a bien llevarse primero al paraíso que al escritor hindú, cabría agregar, si no fuera por la crueldad de la ocasión, una parodia de Oscar Wilde: "Los versículos satánicos no es inmoral; es peor que eso: está mal escrito".

En lugar de reseña he terminado en lo que me proponía evitar: en un esbozo de ensayo, entremetiendo mi opinión entre las de los críticos cri-

ticados, destruyendo el sabor de la función de homenaje que tiene el libro y advirtiendo que aquí no hay una sola crítica abiertamente contraria a Gabo... y que las hay, las hay.

LUIS H. ARISTIZÁBAL



## Macondo, patrimonio cultural de la humanidad

...Para que mis amigos me quieran más...

Homenaje a Gabriel García Márquez

Selección y prólogo: Juan Gustavo Cobo Borda  
Siglo del Hombre Editores, Santafé de Bogotá,  
1992, 424 págs.

"Es la vida más que la muerte la  
que no tiene límites". G. G. M.

Un homenaje a la magia, a la fantasía de García Márquez. Cincuenta y cuatro textos sobre sus imágenes, el personaje y su obra. Textos críticos, anécdotas, reseñas, textos viejos, textos recientes. Un paseo por el autor desde todos los puntos de vista.

Al leer una reseña o un ensayo sobre algún escrito, lo esencial es quedar con el deseo de ir al texto, de leerlo. De uno a otro, la mayoría de los capítulos de este libro dejan esa sensación. Aún en textos en que críticos y maestros abordan un lenguaje tan fantástico sobre los libros de este autor como su propia obra, y van dando extrañas explicaciones sobre el

llamado realismo fantástico. Es curioso cómo obvian los latinoamericanos este tema al escribir sobre García Márquez, y entre europeos y norteamericanos es el argumento central para referirse a él. También es curioso el que algunos colombianos que vieron por un minuto a García Márquez una vez, hablen de este encuentro como algo trascendental en la vida de nuestro premio Nobel. Es más: hay casos en los que, del encuentro, surge según ellos una novela, o el medio minuto en que ni siquiera los vio García Márquez inspiró un cuento. Aunque para todos estar al lado de un gran hombre, así sea por un momento, es un recuerdo significativo, es también muy íntimo. Hacer alarde de este tipo de situaciones resulta un tanto pedante.

Los más bellos relatos de este libro son textos literarios que más allá de la crítica describen imágenes delirantes, como el de Tomás Eloy Martínez donde narra el momento en que García Márquez recibió la fama: "Aquella misma noche fuimos al teatro del Instituto Di Tella. Estrenaban, recuerdo, *Los siameses*, de Griselda Gambaro. Mercedes y él [GGM] se adelantaron hacia la platea, desconcertados por tantas pieles tempranas y plumas resplandecientes. La sala estaba en penumbras, pero a ellos, no se por qué, un reflector les seguía los pasos. Iban a sentarse cuando alguien, un desconocido, gritó "¡bravo!", y prorrumpió en aplausos. Una mujer le hizo coro: "por su novela" dijo. (*Cien años de soledad* acababa de ser publicada). La sala entera se puso de pie. En ese preciso instante vi que la fama bajaba del cielo, envuelta en un deslumbrador aleteo de sábanas, como Remedios la Bella, y dejaba caer sobre García Márquez uno de esos vientos de luz que son inmunes a los estragos de los años".

Impresiones de bibliófilos como Alvaro Medina, interpretaciones poéticas como la de María Luisa Mendoza cuando narra el Nobel de García Márquez y dice que los instantes que dura la vida son los instantes en que se detiene el tiempo; sólo el amor y la muerte son capaces de esto y en su relato el amor detiene por un momento la vida.



Hay textos escritos desde el ego de otro autor, escritores que promocionan su propia obra; ego con vista a Gabo, otros con el patriotismo de tierras lejanas. Se habla de los famosos "plagios" de García Márquez, o en cambio se menciona la enorme influencia que tiene su obra en autores contemporáneos. Escriben traductores dueños del trozo, en su idioma, del autor. De todo como en botica.

Lo que más despierta el hombre de Macondo son, definitivamente, pasiones. A favor y en contra. En contra, por ejemplo, por su posición política, por sus amigos, por ese deleite que le causa estar cerca del poder. Hay quienes escogen invertir su fama en fiestas y alta sociedad; otros en el encierro; otros, como García Márquez, en el poder. Y ¿qué hay de malo en esto, qué importa quién fuera Chaplin en su vida privada o cómo se comportó Picasso con sus mujeres? Finalmente lo importante de un artista es su obra. El García Márquez que nos pertenece está impreso en sus libros. El otro (que es el mismo, pero eso no importa) le pertenece a él y se lo puede gastar como le plazca, martinis o presidentes. Juan Gustavo Cobo Borda dice refiriéndose al momento en que García Márquez abandona su columna en El Espectador de Bogotá que "[...] experimenta una crisis creativa intentando su nueva novela de amor [...] Que incluso su literatura se resiente esperando a que pase la borrasca para recobrar su imagen ahora empañada". Y continúa un párrafo más abajo: "García Márquez, hábil como ninguno, se adelantó al quite a sus críticos, diciendo que dentro de su proyecto literario lo único que sobraba era la fama". Acota más adelante cómo al servicio de la fama es explotado su talento, exponiendo voces a favor y en contra: Susan Sontag, Octavio Paz, Heinrich Böll. Pero al final, leído este texto, escrito en 1984, lo que queda antes que de cualquier discurso o cualquier problema político es una de las grandes novelas de amor del siglo XX. La lección de vida que es *El amor en los tiempos del cólera*.

En su relato, Germán Vargas narra el suceso que será *Cien años de soledad* en una nota escrita en 1966.

Leída hoy cobra una actualidad inverosímil; bien podría estar escrita mañana. No hay anécdotas; es una nota literaria donde narra paso a paso el proceso de una de las novelas de García Márquez y termina con el autor empezando otra.

Están mencionadas la República del Caribe y la europeización americana, la literatura transculturativa de la que habla Angel Rama, las crónicas y el costumbrismo americano que finalmente se reúnen entre los fantasmas que invaden a García Márquez y se universalizan con él. Aparecen más y más críticas sobre el personaje, las entrevistas donde habla de él, de Fidel, de Mitterrand, del lugar que, como ya dije, escogió para gastar su fama.

Martha Canfield, con un toque político y buscando establecer una paradoja entre la obra de García Márquez y nuestra cotidianidad, acierta en la forma como distribuye los papeles en *Cien años de soledad*. Es tal vez, entre los extranjeros al trópico publicados en este volumen, la persona más cercana a la realidad en la obra de Gabo.



Los críticos siempre buscan un punto donde apoyar sus teorías. Lógico. De ese "más allá", o segundo nivel de lectura, vienen los conceptos que clasifican la literatura. Compilar 54 textos, mezcla de todo, sobre un autor, es un riesgo. Dejar por fuera algo esencial, incluir lo que no es. Cobo Borda acierta en la medida en que logra una mezcla homogénea: el relato del amigo, la crítica, el análisis, el lector desprevenido que opina, etc. Tal vez en lo único que se excede es en los últimos textos; aquí el libro

cambia, deja de ser la lectura amena que viene siendo y se vuelve un pesado estudio sobre lo que para un lector que haya habitado este país es un lugar común. Desaparece el ritmo de lectura impuesto por reseñas como la de Germán Colmenares: "la novela actual latinoamericana se complace en el mito del eterno retorno. En realidad, en muchos mitos. Pero particularmente en este que conduce a la destrucción sistemática del tiempo, a la concreción sistemática de la eternidad en un instante y viceversa. O en la imagen de un edén perdido que constituye el motivo más profundo para la construcción laboriosa de un mundo terrenal atravesado por súbitos presentimientos, por el deseo inconsciente de remontar a la inversa el movimiento temporal, de trastocarlo o de destruirlo. El novelista comienza por crear un espacio privilegiado y cerrado en sí mismo, sin hombre, que le permite trazar un itinerario enteramente subordinado a un movimiento inferior, a la necesidad íntima de los personajes de situarse en el centro de un mundo que no pertenezca sino a ellos (o al novelista), que ellos definen y que

permite definirlos. Es el procedimiento de la primera novela de Cortázar, *Los premios*, de *El siglo de las luces* de Carpentier, de Vargas Llosa, y de una manera más deliberada, de Gabriel García Márquez".

Aparece, por ejemplo, el árbol genealógico de *Cien años de soledad* (todos pasamos por tercero de bachillerato) y, como bien lo dice Gustav Siebemann (después de hacerlo, claro), qué importa de quién es hijo cuál Aureliano; lo que importa, más allá de la estampa que se narra en forma



surrealista, es la poesía, las verdades que se revelan en cada una de sus páginas. También hay reseñas que hablan por hablar, como la comparación entre *Amor constante más allá de la muerte* de Quevedo y *Muerte constante más allá del amor* de García Márquez. Cincuenta autores atrapados en la más antiestética de las cubiertas, diseñadas por Willie Ostos. Capítulos separados por apartes de la entrevista que hizo Ana María Larraín para El Mercurio de Santiago de Chile en 1990, de donde viene el nombre del libro: "[...] escribo porque necesito que me quieran más. Siempre pienso 'ahora con éste me van a querer más'".



No sabemos qué pase dentro de los siglos con la obra de García Márquez, si es más grande hoy de lo que será mañana, pero "el tiempo incontable de su eternidad tal vez no termine nunca. El día en que la tierra deshidratada y muerta gire como una inmensa bola que pierde sus entrañas quedará en el aire una botella sellada, el mensaje enviado de naufragos siderales". Dios bendiga a Gabriel García Márquez.

JUAN SIERRA

## "Siempre existe la posibilidad de gozar"

El reino que estaba para mí.  
Conversaciones con Alvaro Mutis  
Fernando Quiroz  
Editorial Norma, Santafé de Bogotá, 1993

Si Gabriel García Márquez tuvo la generosidad de platicar largamente con Plinio Apuleyo Mendoza para lograr *El olor de la guayaba* (1982), hoy tenemos *El reino que estaba para mí*, producto de la edición que Fernando Quiroz (Bogotá, 1964) hizo de muchas horas de conversación con Alvaro Mutis. Aquí Fernando Quiroz suprime las preguntas y deja que la voz de Mutis hable de sus vivencias fundamentales, recuerde su infancia, exprese el amor por su patria y comparta sus pasiones literarias.

Sin seguir un orden cronológico, Mutis habla de su vida en Europa, donde permaneció de los dos a los siete años. En este lapso realizó varios viajes de vacaciones a su tierra natal, y de sus vivencias en los barcos surgió la obsesión del gaviero, que es quien sube a las partes más altas de las embarcaciones para ir interrogando a la distancia. El sino viajero de Mutis parece dado genéticamente, pues sus antepasados fueron aventureros, fundadores de haciendas y sembradores de café.

Su amor por Colombia en general, por la zona de Coello (que fue invadida por los guerrilleros) y por la finca de Tolima determinaron los escenarios de sus libros: "Hablando con poca modestia diría que de ahí, de Coello, de sus alrededores, sale mi pequeño universo. Esa tierra es la fuente de todo cuanto he escrito [...] Cuando digo que ya conocí el paraíso estoy diciendo la verdad. A mí no me lo tienen que contar. Se llama Coello. Ese paraíso donde terminan los llanos de Tolima y comienza la cordillera, hacia La Línea. Esa finca donde pasé todas las vacaciones durante mi fracasada época de estudiante".

Parte fundamental de este libro luminoso tiene que ver con sus pre-

ferencias —Stevenson con *La isla del tesoro* y Kipling con *Kim*— pero ante todo con los misterios de la escritura, que Mutis resuelve de un modo en la poesía y de otro en la prosa. Dice sobre la segunda: "La creación literaria tiene caminos secretos para traerse del pasado, y de la realidad, lo que necesita para sus asuntos. Pero lo que resulta verdaderamente curioso es que escribir, para mí, siempre ha sido como tender esa línea. Jamás escribo con un plan previo. Siempre estoy abriéndome paso en el papel, como entonces me abría paso entre los matorrales. Sé que lo que emprendo debo llevarlo hasta las últimas consecuencias. Y que al final, ese teléfono tiene que timbrar de nuevo". Los poemas, en cambio, surgen de una manera distinta: "Yo los pienso mucho. Primero llegan imágenes que se van volviendo recurrentes, pero jamás las traduzco en frases de prueba. Cuando tomo el lápiz, o me siento frente a la máquina, es ya para escribir un esquema del poema completo. Escribo, por lo tanto, cuando puedo decir: *es por aquí*. Lo que viene después es una batalla con las palabras".

Huyendo de una demanda por gastos que no tuvo manera de comprobar en una compañía donde tenía un puesto ejecutivo, Alvaro Mutis llegó a nuestro país —México— el 24 de octubre de 1956. Aquí ha desarrollado la parte fundamental de su obra, ha conseguido muchas de sus amistades perdurables, pero sufrió también momentos de angustia cuando fue perseguido por los agentes de migración, que finalmente lo llevaron a la cárcel —de donde saldría el *Diario de Lecumberri*—. Estos hechos le dieron dolor y alegrías, pero también fueron fértiles para su creación literaria, como vemos en el caso del agente A.G., quien primero lo persiguió, después lo ayudó y finalmente aportó rasgos para la construcción de su personaje Abdul Bashur.

Sin proponérselo, este libro se convierte en un tomo de memorias que, aunque fragmentarias, no por ello dejan de ser menos vitales y útiles para los estudiosos de la obra de Mutis. Sobre todos los aspectos anecdóticos —empleos, formación autodi-